

El libro del trimestre

Rogelio Blanco Martínez

La ciudad ausente. Utopía y utopismo en el pensamiento occidental

Akal, Tres Cantos (Madrid), 1999. 245 págs.

Juan Ramón Calo

Miembro del Instituto E. Mounier

En el Instituto Emmanuel Mounier hemos sido educados en la utopía. Nos hemos reconocido en más de una ocasión continuadores de proyectos como el de la editorial ZYX. En esa editorial, en 1982, Rogelio Blanco Martínez publicaba *La pedagogía de Paulo Freire* y, en su capítulo séptimo, terminaba diciendo con Paulo Freire que la utopía no es lo irrealizable, sino la trama de actos que denuncian las «estructuras deshumanizadoras» y anuncian nuevas formas humanizantes. «La utopía es compromiso histórico. Sólo los utópicos pueden ser proféticos y portadores de esperanza. Solamente pueden ser proféticos los que anuncian y denuncian comprometidos permanentemente en un proceso radical de transformación del mundo para que los hombres puedan ser más». Como se ve, la utopía no es una preocupación reciente en Rogelio Blanco.

En 1999, todavía no hace un año, ediciones Akal publicaba en Madrid *La ciudad ausente. Utopía y utopismo en el pensamiento occidental*. Sus reflexiones parecen imprescindibles cuando nos planteamos, como hace *Acontecimiento*, una utopía para el siglo XXI.

Nuestro autor analiza el complejo concepto de «utopía», su ambivalencia y ambigüedad, buscando una definición. El término elegido por Tomás Moro nos sitúa en «el lugar que no existe». Pero el problema para nosotros es, más bien, si puede existir o, mejor, si debe existir «aquello que no siendo debe ser», decía un amigo hace más de veinte años.

Para algunos la utopía es una mera idea, para otros un falso anhelo, una evasión de la realidad, otros, como Popper, entienden que la utopía sí tiene relación con la realidad, pero es una relación perniciosa. Para nuestro autor, las utopías son una crítica de la realidad social: fueron hechas por inconformistas, no por poetas o por evasivos. Tienen la intención de denunciar y cambiar. Son modelos paradigmáticos de una sociedad perfecta, por tanto, modelos tendenciales, no programas de acción. Sirven porque, en tanto que referentes de perfección, son brújula orientadora: fijan un punto de destino. Son útiles como criterio de valoración, por eso provocan tantas aversiones. Son, además, generadoras de ideales políticos. Sin utopías nos encontramos desorientados, con una frágil fundamentación de los criterios para valorar y con la decadencia del civismo. Las utopías constituyen un discurso sobre la igualdad. Prescindiendo del pensamiento utópico no se puede trazar la evolución e historia de la idea de igualdad. La idea de igualdad y la idea de libertad han tenido un desarrollo absolutamente dispar en nuestra cultura: grande la idea de libertad; la de igualdad está en regresión. La utopía, en tanto que discurso sobre la igualdad, ha incidido en la transformación de la sociedad. Las utopías descansan sobre un concepto objetivo de justicia: Platón tenía su referente en la concepción tripartita del alma. El orden justo está más allá de las opiniones, objetivamente hay un orden paradigmático a reproducir. Para San Agustín el referente objetivo es la na-

turalidad creada de los pecadores. Objetivamente, el orden de la creación también trasciende la realidad. En Tomás Moro, saliendo del orden teológico, su orden objetivo es el iusnaturalismo. Marx es un objetivista, la justicia a la que se refiere es la dialéctica histórica: la necesidad histórica convertida en la lucha de clases es un imperativo; una exigencia inherente al despliegue necesario de la historia.

En diálogo con estudiosos reconocidos del fenómeno como F. L. Polak, P. Tillich, K. Mannheim y otros se describen las características de la utopía y distintas tipologías. En las antiguas, como la platónica y la agustiniana, el tipo de igualdad que se propone es un fin moral. En Platón no hay una finalidad redistributiva. Busca la bondad de los sabios, no justicia económica. San Agustín igualmente. Sus ideas de igualdad no tienen un fin económico. El fin se alcanzará a través del convencimiento, a base de buena voluntad.

En las utopías de la modernidad, con Marx y Bakunin, la idea de igualdad tiene un fin redistributivo: sin ciertas condiciones no puede darse la igualdad moral. Son una crítica al concepto liberal de la libertad. La libertad real exige igualdad material. No apelan a un imperativo ético —convencimiento, «cambio de corazón»— sino histórico. De ahí que incluyan una teoría de la transición: cómo llegar de ésta a aquella situación. Tomás Moro es, en este sentido, un autor de transición.

Después de recordar las críticas marxista y popperiana, con Aristóteles plantea lo difícil que es construir ideas que no conlleven una intencionalidad de ponerlas en práctica. La intención, repetida con escaso éxito a lo largo de la historia, de poner en práctica los constructos mentales de los utópicos ha dado paso a experiencias con fortunas desiguales. En algunos momentos incluso creando modelos similares a los que combatía.

Antes de concluir con una bibliografía exhaustiva y un repertorio de obras señeras de la historia de la utopía, presenta el sentido utópico como «un radical constitutivo del hombre», concluyendo con María Zambrano e incitando a la búsqueda de la ciudad ausente, donde nadie sea humillado: «una sociedad en la que no sólo esté permitido, sino exigido, ser persona», dice con María Zambrano, y sigue, «éste es el gran lema de la ciudad ausente».

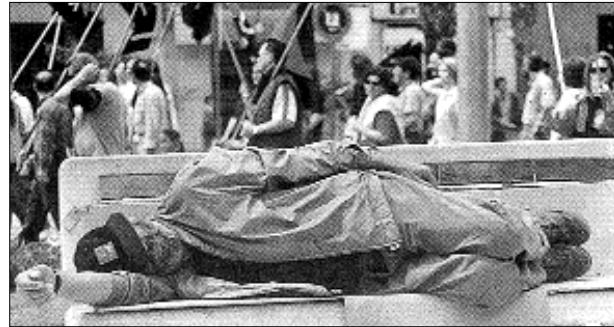


Foto: Manolo, de Alicante (Rojo y Negro)

Las utopías no son simplemente ideales sobre la sociedad, no tienen sentido sin una antropología. Se conciben como instrumento para la realización del hombre. Los porqués de *La República* de Platón no se pueden concebir sin el destino del alma. *La Ciudad de Dios* tiene a su base el *homo viator*. Tomás Moro, el humanismo cristiano. La teoría de la alienación de Marx es una explicación de la naturaleza del hombre.

Se las ha considerado peligrosas, se ha dicho que propenden al dogmatismo, al totalitarismo, que suscitan el fanatismo... Los utopistas no pensaron que de un día para otro fueran a realizarse, eran orientaciones, remitían a un horizonte futuro.

Después de haber buscado la playa bajo los adoquines, con los estudiantes franceses del 68, y del desencanto consiguiente, de la Revolución cultural china, etcétera, el «No future» del movimiento «punk», el fin de los sueños, es una realidad en nuestra sociedad. Pero también es una realidad su necesidad: en el número de *rojo y negro*, publicación de la CGT, de junio de 2000, se reproduce una fotografía en la que se ve a un hombre que tumbado en un banco duerme ajeno a una manifestación que discurre a su espalda. La inmensa tristeza de la imagen la transmiten, además del cuerpo que yace, esas siluetas que desfilan sin fe, con cuatro trapos atados a paños que uno no sabe... Rogelio Blanco sigue creyendo con Oscar Wilde que «un mapa del mundo en el que no esté incluida la utopía no merece la pena ni mirarlo». La silueta de la ciudad ausente es necesaria para aquellos interesados en realizar en este mundo sus posibilidades más humanas. Como escribe Eduardo Galeano: «La utopía está en el horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré. ¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve, para caminar.»